

**Otras Naciones:
Jóvenes, transnacionalismo
y exclusión**

Mauro Cerbino y Luis Barrios, Editores

Otras Naciones: Jóvenes, transnacionalismo y exclusión



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2-) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-153-5

Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Fotografía de portada: Stencil elaborado
por los estudiantes de Tecnología de la Imagen
del CETOJ

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2008

1ª. edición: abril, 2008

Índice

Presentación	7
Prólogo	11
<i>Saskia Sassen</i>	
Introducción	15
<i>Luis Barrios y Mauro Cerbino</i>	
PRIMERA PARTE:	
DE ESTADOS UNIDOS A ECUADOR	
Y DE ECUADOR A ESPAÑA	
La globalización de los Latin Kings: criminología cultural y la banda transnacional	27
<i>David C. Brotherton</i>	
La nación imaginada de los Latin Kings, mimetismo, colonialidad y transnacionalismo	41
<i>Mauro Cerbino y Ana Rodríguez</i>	
Reinas y reyes latinos en Madrid: el principio de los principios	75
<i>Bárbara Scandroglio y Jorge S. López Martínez</i>	

SEGUNDA PARTE: MODELOS DE INTERVENCIÓN,
COMPENSIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO

Jóvenes latinos en Barcelona: la construcción social de las bandas	95
<i>Noemí Canelles</i>	
Etnografía de un mundo clandestino. Vida y política de la calle entre los jóvenes latinos en Italia	113
<i>Luca Queirolo Palmas</i>	
En mi barrio hay vida: VIH/SIDA, graffiti y poder juvenil en Santo Domingo	133
<i>E. Antonio de Moya, Luis Barrios, Lino Castro, Víctor Peña, Luis Alberto Jiménez</i>	
Los hijos e hijas de Mamá Tingó: Culturas juveniles y violencia, en un proyecto llamado Palenque	165
<i>Luis Barrios</i>	
La nación en símbolos e imágenes	199
<i>María Rosa Jijón</i>	
Bibliografía general	233
Los autores	249



Primera parte
De Estados Unidos a Ecuador
y de Ecuador a España

La globalización de los Latin Kings: criminología cultural y la banda transnacional

David C. Brotherton

Cuando la gente joven hace estas cosas, cuando adopta estas estrategias, se habla de ella, se la toma en serio, se atiende sus quejas. Se la arresta, abusa, amonesta, castiga, encarcela, aplaude, imita y escucha. Los trabajadores sociales y otros filántropos los defienden. Son analizados por los sociólogos, psicólogos sociales, o expertos de todas las orientaciones políticas. En otras palabras, hay una lógica para la trasgresión
(Hebdige 1988:18).

Introducción

Entre los años 1996-1999, junto a mis colegas del Proyecto de Organizaciones de la Calle (Street Organization Project), en John Jay College, pasamos mucho tiempo haciendo trabajo de campo con una de las más famosas bandas callejeras en los Estados Unidos: la Todopoderosa Nación de Reyes y Reinas Latinos ALKQN (Almighty Latin Kings and Queens Nation) (Brotherton, Barrios 2004; Kontos, Brotherton y Barrios 2003). Originalmente, el grupo había ganado su mala fama a través de la reputación de su organización original en el Chicago de los ochenta, y después por sus propias acciones en Nueva York, durante los años de luchas internas, a principios de los noventa. Los ocho homicidios que se produjeron en fechas más recientes, dieron lugar a uno de los juicios más importantes de bandas de la memoria actual, que terminó en una de las sentencias

federales más severas de la historia (excluyendo la pena capital), desde la Segunda Guerra Mundial, para el líder del grupo, King Blood, quien fue sentenciado a ciento cincuenta años en una prisión de máxima seguridad, de los cuales, los primeros cuarenta y cinco, debía pasarlos en aislamiento permanente.

La orientación local del proyecto que manteníamos al principio, hoy se ha convertido en un estudio de esta organización en múltiples lugares, que se extienden hasta Nueva York, la República Dominicana, España, Italia y Ecuador. Por eso me refiero a este proyecto como Proyecto Transnacional de Bandas PTB (Transnacional Gang Project TGP) (Brotherton 2007). Esta presentación se ha preparado con información obtenida en dicho proyecto.

En este breve ensayo quiero describir el proceso de globalización de este grupo, y después ofrecer una interpretación de este proceso, a la luz de la criminológica cultural. Sostengo que solo un método de análisis abiertamente crítico e interdisciplinario puede llevar a una completa apreciación de la trayectoria dinámica, transnacional, y multidimensional de esta subcultura. Esta perspectiva, en mi opinión, contrasta con la ortodoxia positivista y limitada de la mayoría de los tratados sobre bandas que aparecen en la literatura criminológica, dominada por los Estados Unidos. Para presentar este análisis, me voy a concentrar en cuatro áreas clave del discurso criminológico cultural: la lente de la adrenalina, las políticas de resistencia, lo subterráneo urbano y la noción de conocimiento peligroso, para después aplicar estos conceptos al fenómeno global de la ALKQN.

Los reyes latinos: Más allá de Chicago y hacia lo global

Es difícil establecer los comienzos de los Latin Kings. De acuerdo a su “manifiesto”, fue durante los cuarenta, y se originó como un grupo de auto ayuda para los presos latinos; pero para los líderes de la comunidad en Chicago, la organización viene de un grupo de los años cincuenta, llamado los Ángeles Latinos, que se convirtió, una década más tarde, en Latin Kings (Brotherton, Barrios 2004). Otra explicación es que un programa de

trabajadores de la calle para las bandas, tuvo como consecuencia no buscada la creación de esta organización (Knox 1997). Sean los que fueren los orígenes, el grupo pasó de la calle a las prisiones, durante 1960 y 1970, convirtiéndose en la “súper-banda” (Jacobs 1977) de la actualidad.

Después de un tiempo, los Latin Kings de Chicago desarrollaron un ala auxiliar llamada Latin Queens (Reinas Latinas). Ambas alas tenían sus propios manifiestos, y debían prometer obediencia a la Corona Suprema de la organización entera. Durante los primeros años de los ochenta y hasta la mitad de esa década, los Latin Kings se extendieron más allá de Chicago a otras ciudades del Mid-West, donde una combinación de desindustrialización y políticas favorables a la economía de la oferta, colocaron a un estrato de la juventud de las zonas urbanas deprimidas, en lo que se ha denominado las “clases marginadas” (Hagedorn 1988).

Es durante este periodo cuando el grupo se extendió más allá de sus orígenes del Mid-West, hacia la costa este y, hacia la mitad de los noventa, a un total de treinta y cuatro estados, incluyendo la Ciudad de Nueva York, el Estado de Nueva York, Connecticut, Massachusetts, New Jersey, Pennsylvania, Florida y California. Para el nuevo milenio el grupo se ha convertido en global, con ramificaciones en Puerto Rico, República Dominicana, México, Ecuador, España e Italia (Brotherton 2007; Cerbino 2006; Feixa, Porzio, Recio 2006; Palmas y Torre 2005).

Originalmente, la participación en el grupo estaba permitida solamente a aquellos que tuvieran algo de sangre “latina”, aunque, de acuerdo con Conquergood (1993), el grupo de Chicago reflejaba la diversidad étnica de su medioambiente más inmediato. Para unirse al grupo, un miembro debe pasar por varias etapas de iniciación, para demostrar su lealtad y confianza. Una vez entrado en el grupo, el miembro se gradúa a través de tres etapas de conciencia: 1) la Etapa Primitiva, cuando el novato es un “guerrero” de la calle; 2) la Etapa de Conservación o de Momia, cuando el miembro madura de la vida de la banda de la calle, y 3) la Etapa del Latin King, en la que el miembro alcanza plena conciencia (Brotherton y Barrios 2004).

En un principio, los objetivos del grupo eran la creación de una sociedad semisecreta que ensalzara la noción de la identidad latina, y aumentara la posibilidad de la solidaridad latina. Sin embargo, a través

del tiempo, y al igual que muchas otras bandas, el grupo se desarrolló en Chicago como una organización de orientación territorial y local, llegando a jugar un papel clave entre el grupo de bandas conocidas como la People Nation (la Nación de la Gente). Pero en otros terrenos globales y nacionales, el grupo ha tomado diferentes formas. En el Estado de Nueva York, por ejemplo, durante los últimos años de los noventa, el grupo estaba compuesto principalmente por puertorriqueños y dominicanos de la primera y segunda generaciones, quienes provenían de familias de clase proletaria o subproletaria. Durante este periodo, el grupo tomó un giro particularmente radical, inspirado en el radicalismo del Tercer Mundo y en una combinación de temas de justicia social y catolicismo, pentecostalismo y demás religiones sincréticas del Nuevo Mundo (Barrios 2006; Brotherton y Barrios 2004). La variación politizada del grupo se fue definiendo como “organización de la calle”, un colectivo de la calle híbrido que tenía las características de ambos: movimiento social y banda.

En contraste, el grupo de Barcelona consistía en inmigrantes latinoamericanos de primera y segunda generaciones, procedentes de Colombia, Ecuador, y República Dominicana, con un pequeño número de jóvenes catalanes nativos. La clase social de sus miembros era predominantemente trabajadora, y las características culturales e ideológicas principales recuerdan al modelo de la organización de la calle de Nueva York, pero además incluye elementos culturales y de estilo de otras tres tradiciones: la latinoamericana de las “pandillas” o “naciones”, la transnacional de las tribus urbanas, y la “virtual”, diseminada a través de Internet (Feixa, Porzio y Recio 2006), tal como Feixa y Nilan (2006:64) lo sostienen, cuando hablan de que: “las identidades culturales de la gente joven... emergen en una área fronteriza donde, por encima de la cultura hegemónica y la cultura paternal, varias tradiciones subculturales se encuentran”.

En Santo Domingo, nosotros también vemos aspectos del modelo de organización de la calle de la ciudad de Nueva York, pero hay cualidades específicas que reflejan la condición colonizada dominicana. Por ejemplo, mientras que los miembros son en su mayoría chicos locales, de las clases bajas del barrio, hay también un número creciente de miembros

que han sido educados y socializados en los Estados Unidos y conocidos como los “Dominican-Yorks” (Guarnizo 1994). Muchos de ellos son deportados y por lo mismo doblemente estigmatizados como miembros de bandas y como ex delincuentes de los Estados Unidos (Brotherton y Barrios 2004). Es más, el grupo existe dentro de una economía política constituida sustancialmente por la economía lícita y la ilícita informal del Caribe y Sudamérica (Griffith 2007). Por ello, es natural que los miembros que han crecido en los barrios más pobres, donde el desempleo y el subempleo son la norma, sean atraídos por la estructura de oportunidades que brinda la economía informal, la cual en gran parte está conectada con el tráfico de drogas. Como consecuencia, el grupo tiene más elementos en común con sus orígenes en Chicago, al estar envuelto en negocios callejeros y disputas territoriales. Al mismo tiempo, también son parte de una red social urbana de “naciones” jóvenes que trabajan proactivamente en la solución de los problemas de la comunidad local, tales como la violencia interna en los grupos, el VIH-SIDA, y la propagación de la enfermedad del dengue.

Este desarrollo complejo, maleable y global del grupo aparece en claro contraste con las perspectivas de base ecológica sobre las bandas, adoptadas por la mayoría de criminólogos, muchos de los cuales ni siquiera reconocen que las bandas del tipo de los Estados Unidos pueden funcionar fuera de sus orígenes geográficos (Hagedorn 2005). Con base en la naturaleza rica, ambivalente y estratificada de los datos recogidos por el PTB, se requiere de un análisis sensibilizado hacia las posibilidades y contradicciones vividas por los actores sociales y sus formaciones colectivas. Tal análisis debe ser escrito “contra” el positivismo caduco del canon criminológico (Young 2007), que pone énfasis en un científicismo, empiricismo y conductivismo carente de todo contexto histórico y de toda sensibilidad “sub-cultural”. Mi argumento es que, en la cultura criminológica, nos encontramos precisamente con el tipo de correctivos inspirados sociológicamente, que esta clase de datos demandan, al interesarse por enfatizar en las múltiples formas de enfrentar y trasgredir las normas, mitos y ficciones del orden social dominante, y en la relación reflexiva entre el investigador y el investigado.

La banda y la criminología cultural

Mientras que la criminología cultural apenas ha sido aplicada al estudio etnográfico de las bandas de la calle, hay muchas similitudes con el trabajo de Vigil (1988) (su evaluación emic de las bandas de barrio) o con el de Conquergood (1997, 1993) (su discurso sobre las bandas como representaciones de la calle), y nuestros propios estudios de las políticas, la historia y la espiritualidad de las bandas (Brotherton 2007; Brotherton y Barrios 2004; Barrios 2006). Ciertamente, las mayores preocupaciones de la criminología cultural, esto es: la búsqueda de un tratamiento más integral del crimen como experiencia sensitiva y psicológica, la incorporación de la experiencia dentro de la metodología, la relación entre los factores ocultos y visibles del crimen como acción, la producción de una estética anormal/subversiva, y el repertorio vindicativo de las respuestas de control social del Estado, son todas aplicables y relevantes a los mundos vivos de las bandas (Ferrell 1993, 1997; Young 2007, 1999; Hayward 2004; Presdee 2001, entre otros). A continuación, tomo cuatro de los enfoques conceptuales claves de la criminología cultural, para aplicarlos a nuestra experiencia en el PTB.

La ALKQN y cuatro áreas del discurso criminológico cultural

La lente de la adrenalina

La noción de inversión emocional en el acto anormal es extremadamente importante para los criminólogos culturales, y se remonta atrás, al trabajo pionero de Katz (1988) sobre las seducciones del delito y la trascendencia socio-psicológica que ocurre en el acto de la trasgresión, al llamado de los situacionistas a rebelarse contra el aburrimiento de la modernidad, al compromiso de los *beats* de una espontaneidad explorativa, y a la celebración por parte de la Escuela de Birmingham de los estilos de la joven clase trabajadora. A menudo, en los estudios de las bandas, leemos acerca de patrones unidimensionales, que no suelen ser más que representaciones de la clase media del sujeto/objeto de las bandas, que ocurren

con una búsqueda particular por variables de violencia interpersonal y ciertos tipos de comportamiento de riesgo o como resultado de representaciones forzadas de los “nativos” de la clase desfavorecida atada a la metáfora de la territorialidad urbana. En tales representaciones se presta poca atención a la forma en que los sujetos van de aquí para allá, sin mediaciones, sin sentimientos, sin secuencias liminales, sin conciencia, sin disfrute y sin escenario.

En contraste, cualquier tiempo compartido en compañía de miembros de la ALKQN, prácticamente con independencia del país, le deja a uno impresionado por la importancia que los miembros dan a la conexión emocional, a los rituales, a la representación, al “carnalismo”, al juego y a las formas variadas de comportamiento expresivo y trascendente. Los observadores más despistados que han sido testigos de las interacciones del grupo a través del tiempo, terminan por concluir que los estados afectivos de tal juventud se desenvuelven entre “altos” y “bajos”, y lo impredecible de los mundos vivos de la calle, por un lado, y por otro, los retos que surgen de lo esperado y lo inesperado. En muchos casos, esta juventud se involucra en un “trabajo límite”, esto es, en una capacidad de control que “controla lo incontrolable” (Lyng 1990), según van descartando abiertamente las normas de la aceptabilidad burguesa, a través de la expresión de gestos y rituales, echar a la basura los velos racistas de la invisibilidad cultural con gritos de solidaridad grupal y anuncios de “presente”, y negar el aburrimiento y tedio que sobreviene con el salario y la mercantilización del tiempo libre.

De acuerdo a mi interpretación criminológica cultural de estos jóvenes (y adultos), ellos están imbuidos culturalmente de la importancia del estar “ahí”, física y emocionalmente, para sus “manitos” y “manitas”, en tantas de las zonas intermedias. Para ellos, esto es un “acto de clase”, no necesariamente un “acto racional” determinado por las historias reales o míticas de los juegos de poder barrial local, nacional e internacional. En tal acto, el honor, la lealtad, la trascendencia física y emocional, y el compromiso social, fluyen junto al resultado medios-fines, que con frecuencia es ambivalente, pues siempre están sujetos a las lealtades personales y colectivas que se formulan y reformulan al momento. Es más, la memoria de todo ello depende de quién esté contando la historia...

Y entonces, hay otro tipo de “alto”, casi enteramente arrancado del discurso ortodoxo. Este es el “alto” del Estado y de sus agentes, que se mueve de acuerdo a intenciones maliciosas para encuadrar, tergiversar y eventualmente encarcelar o asesinar al “otro”, en este caso al miembro de la banda. La lente de la adrenalina, por tanto, se aplica a ambos, al cazador y al cazado; a la población elegida y los que la eligen. Es importante recordar esto, en un mundo neoliberal dominado por las políticas sociales y económicas que Naomi Klein (2007) llama “terapias de shock”, donde la prisión de Abu Ghraib es el *modus operandi* del ocupador, y donde la “mano dura” gana las elecciones tanto en la ciudad de Nueva York como en San Salvador.

Lo Subterráneo Urbano

Mientras que la ortodoxia criminológica planifica a la ciudad desde arriba, divagando en las estructuras imaginarias de los planificadores municipales, administradores y policías de “planificación”, los criminólogos culturales están siempre buscando la vida “‘oculta’ de la ciudad... el mundo que surge burbujeante justo debajo de las apariencias de la superficie, un lugar al que puede ir la etnografía, pero que las encuestas sociales meramente reflejan de forma superficial” (Young y Brotherton 2006). Esta “ciudad suave”, llamada así algunas veces por los criminólogos culturales, estaba en todas partes en la ALKQN de Nueva York y en sus prácticas cotidianas. Mientras los miembros del grupo fueron a menudo criados en comunidades muy unidas y parroquiales, típicas de barrios de clase obrera segregada por el tipo de vivienda, de educación y oportunidades de empleo, y además vigilada por las fuerzas públicas y privadas de seguridad, asumieron la ciudad entera como de su propio dominio.

Eran, después de todo, latinos y latinas cuya “comunidad imaginada” consistía en la diáspora que se estiraba transnacionalmente a través de los perímetros locales, nacionales, e internacionales “sobre” impuestos por un orden político colonial y post-colonial. Y para contrarrestar el “sentido” de desplazamiento físico e histórico, crearon una subcultura que llamaron

“nación”. Ellos han decidido, de forma bastante lógica, que en este mundo las fronteras se extienden hasta donde su “gente” esté situada. Al contrario de muchas otras formaciones de bandas, éstos rechazaron la noción de territorio con sus puertas de entrada celosamente custodiadas por el grupo, y en su lugar se convirtieron en vagabundos urbanos, con la ciudad entera como su órbita, sus *Spanish Harlems, East New Yorks, Lower East Sides, Jackson Heights, South Bronxes, Bushwicks, y Williamsburgs*, todos dentro de su espacio de operaciones.

Por supuesto, después de un tiempo se convirtieron en vagabundos urbanos transnacionales, cruzando fronteras físicas y simbólicas junto con los flujos de capital, trabajo, familias, ideas, información, políticas de control social y cultural. De esta manera, el grupo se ha involucrado en la producción de significado y espacio transnacional, lo cual ayuda a sus miembros a rescatar sus identidades y transgredir su invisibilidad.

Por ello, una característica importante de la “ciudad suave” propiedad del grupo, es su “glocalización” (Robertson 1995), en la cual los flujos de emigración e inmigración de los miembros del grupo, en lugar de ser vistos como un signo de desorganización social patológica de la comunidad, al estilo de la Escuela de Chicago, son percibidos como fortalezas de la comunidad, y como un indicador de su resistencia y adaptabilidad. Al organizarse localmente en tribus, con líderes elegidos para planificar actividades a nivel de la ciudad y del Estado, el grupo de Nueva York creó sus propias estructuras espaciales que se sobre-impusieron a los sistemas de planificación urbanos y suburbanos de la burguesía, transgrediendo así las dos esferas geográficas: la pública y la privada, y penetrando por las fisuras más profundas de la exclusión social, incluyendo aquellos del sistema global de prisiones. Esencialmente, ello creó su propio etno-paisaje (Appadurai 1996), un universo paralelo de espacios subvertidos, roles y estructuras que sin justificación alguna deliberadamente buscaban a los documentados e indocumentados, y a todo el mundo entre ellos. Estos mismos procesos urbanos subterráneos se han puesto en evidencia en todas las localidades del PTB, tal como se desprende de las “universales” que observamos en Barcelona y Génova, y que están en comunicación constante a lo largo de las zonas horarias y dan lugar al surgimiento de un nuevo urbanismo posmoderno “desde abajo”.

Las políticas de resistencia

A pesar de que mucha de la criminología de bandas del pasado presta atención a la noción de resistencia cultural y social entre los miembros de las bandas, en años más recientes muchas de las cualidades políticas de este análisis se han ido perdiendo en las teorías de reproducción social de la izquierda, y en los discursos de la patología individual y la deficiencia cultural de la derecha. En contraste, la criminología cultural llama a una sensibilización hacia los actos conscientes e inconscientes de desafío y trasgresión que iluminan y extienden las relaciones de opresión vividas y la añoranza de la libertad y autonomía que a menudo se pierden dentro del concepto sociológico de agencia. Más que racionalizar, o peor aún, esconder y oscurecerlo, los criminólogos culturales defienden las señales de resistencia, concedores de los cargos de idealismo, y los ven como formas de “infra-política”, tal y como Scott lo describe: “Infra-política es... política real... llevada a cabo en maneras más nobles, por causas más importantes, y con más en contra que la vida política en las democracias liberales” (Scott 1990).

En el caso de la ALKQN, durante nuestra investigación de campo en los últimos años de los noventa, la noción de “infra-política” era ya evidente y podía ser observada, al menos en las cuatro maneras siguientes: Primero, había una gran variedad de protestas políticas en las que estaban involucrados sus miembros alrededor de temas como: los prisioneros políticos puertorriqueños, la suspensión de las bases militares de los Estados Unidos en Puerto Rico, la brutalidad policial local, el generalizado sentido de injusticia racial y étnica, más recursos para las víctimas del SIDA, protestas contra el complejo industrial-presidario, la invasión de Estados Unidos a Irak, el derecho al voto, los derechos de los inmigrantes, y la pena de muerte.

Segundo, el grupo difundió conceptos e ideas que abiertamente criticaban las relaciones asimétricas de poder de la sociedad. Dentro de sus textos y discursos se pueden ver llamados a la lucha antiimperialista, a la redistribución de la riqueza social, a la movilización de los oprimidos, por la finalización de la segregación racial y de clase, el desmantelamiento del sistema de justicia criminal, por una alternativa al capitalismo basado en

el materialismo y los medios de comunicación corporativos. Tales narrativas contribuyen a lo que McAdam (1982) llama procesos de “liberación cognitiva” que son inherentes a cualquier movimiento social.

Tercero, la auto-organización del grupo reflejó historias de acción y lucha comunitaria, y demostró su habilidad para producir una contra-memoria y un contra-orden frente a aquello que había sido impuesto por las demandas del mercado laboral o por los rituales seductores del consumismo (Kelley 1994). Esto puede comprobarse en la atención que el grupo da a mantener registros y producir textos; en sus roles especializados, sus reuniones planificadas o sin planificar al detalle; en su atención a la formación y en la seriedad con que la responsabilidad de los miembros es vista; en el rechazo hacia el territorio y en el desarrollo de sub-grupos semiautónomos para jóvenes y mujeres.

Finalmente, en cuarto lugar, la receptividad de este grupo a la influencia de agentes y órganos externos de radicalización, que son abiertamente de oposición, produjo una dinámica que permitió la auto-reflexión, la auto-crítica, y un flujo diverso y cuestionador de ideas entre los distintos miembros, así como entre los miembros y gente del exterior. Estos fueron intentos de creación de formas alternativas de sociedad civil, espacios de esperanza que generaron nuevos contextos subculturales en los cuales la acción social, el reto democrático, el diálogo y debate, se promueven y normalizan.

Conocimiento peligroso

El enfoque criminológico cultural a las bandas es, por diseño, intelectualmente perturbador y crea problemas (Ferrell 2007). En él no caben las “definiciones rígidas y las demarcaciones entre ciencia y no-ciencia, entre criminalidad y ‘normalidad’, entre el experto y el criminal, entre la criminología y la academia más humanista...” (Young y Brotherton 2006), pues además es un “despiadado criticismo cultural de todo lo existente” (Ferrell 2007). Tampoco cabe la desestimación hacia los sistemas de significado de los miembros de las bandas como si se tratara sólo de una información interesante; por el contrario, debe haber respeto por los conocimientos

alternativo-subordinados que se han desarrollado entre los excluidos sociales, y que se lee a través de sus diversos sistemas de comunicación e innovadores “medios” de producción.

Este tipo de desarrollo del conocimiento es considerado “peligroso” no sólo por el control social establecido que teme el efecto de radicalización de tales interpretaciones de la realidad social provenientes de otra juventud, sino por los guardianes de la disciplina y la subdisciplina, que tienen pocas pretensiones o capacidades de auto-reflexión, pero sí una energía formidable para la investigación subvencionada al servicio de la tecnocracia de la justicia criminal, y para “rebotar” ideas y personas del club académico.

Pero no se puede detener la circulación del “conocimiento peligroso” producido por los grupos o acerca de los grupos. La propia existencia del PTB es un testimonio de la naturaleza errada de esta censura intelectual y al mismo tiempo es la reivindicación de los valientes riesgos tomados por King Tone y su banda de “incorregibles” de Nueva York, los cuales nunca asistieron a conferencias de prensa que no les gustaran, nunca desaprovecharon oportunidades para explicar su caso al público a través del diálogo, y nunca dejaron de preguntarse por qué la teoría y la acción tenían que ser consideradas tan separadamente, o por qué las normas del capitalismo social y cultural tenían que ser obedecidas. Por lo tanto ¿debe sorprendernos que uno de los mayores atractivos de la ALKQN sea la subversión de las semióticas normales de las jerarquías sociales? En otras palabras, de acuerdo con su “conocimiento peligroso” y su código alternativo de las calles, se vuelve perfectamente legítimo que se invierta el orden del estatus racial y de clase, por medio de reclamar el estatus de realeza para los rechazados, los marginalizados, y todos aquellos con “vidas desperdiciadas” (Bauman 2004).

Conclusión

He argumentado por un acercamiento muy diferente al de la criminología y la trasgresión, que predominan ahora en los Estados Unidos (y, lamentablemente, en muchos otros países donde se habla o no el inglés). En el campo de la investigación de la calle, nosotros esencialmente nece-

sitamos una etnografía de la etnografía, una concienciación doble sobre el proceso de investigación, en contraste con la investigación cuantitativa convencional, la cual impone sin ningún miramiento categorías de encuestas y la escala de Likert a sus sujetos.

Defiendo, a través del caso global de la ALKQN, que la forma en que la pobreza, la marginalización y la opresión, a menudo percibidas como actos de exclusión en una sociedad acomodada o como humillación máxima en una sociedad de consumo, constituyen, para la criminología cultural, una experiencia “intensa”. No es suficiente tomar formalmente en consideración un estado de carencia material relativa, una situación de desempleo, o algunos estados de subyugación racial y de género, etc., sino que debemos estar dispuestos a ver, tanto el acuerdo como la resistencia, en todas sus contradicciones, e imaginar más allá de nuestras limitadas fronteras epistemológicas y disciplinarias, para desarrollar lo que he empezado a llamar *verstehen* (o comprensión subjetiva) de la posmodernidad. De acuerdo a mi seguimiento del grupo a través de sus numerosas manifestaciones subculturales hasta su posición actual en la autopista global, se hace claro que este arco de resistencia tiene muchas millas por recorrer, pero que la tarea del científico progresista es permanecer con el grupo pase lo que pase. En criminología cultural estamos comprometidos a recorrer este sendero con nuestros sujetos, no simplemente para aprender de ellos, sino para aprender con ellos, y ciertamente nuestro recorrido con la ALKQN ha sido un viaje excitante.